

Goyo, un rayito de Sol

Había una vez un perro dorado,
de pelo suave, brillante y despeinado.
Se llamaba Goyo, y al correr parecía
un rayito de sol que el viento seguía.

Vivía en una casa llena de risas,
de puertas abiertas y tardes sin prisa.
Y desde pequeño, sin ningún temor,
Goyo exploraba su mundo alrededor.

Saltaba en charcos ¡plaf, plaf! sin cuidado,
quedaba mojado... ¡y tremendamente encantado!
Movía la cola como un remolino,
feliz de la vida, feliz del camino recorrido.

Corría tras hojas, sombras y viento,
todo le parecía un gran descubrimiento.
Pero si había algo que amaba de verdad...
era su pelota ¡Su gran felicidad!

¡Pum, pum! corría, sin mirar atrás,
¡zascatas! la atrapaba, ¡no fallaba jamás!
La traía orgulloso, con brillo en la mirada...
pero nunca la soltaba... ¡el muy bruto se la quedaba!

“¡Suelta la pelota, Goyo!” le decían.
Pero él solo jugaba... ¡y volvía a huir!
Saltaba, corría... volvía a empezar,
porque Goyo amaba jugar y jugar.

A veces corría en grandes círculos,
otras en zigzag como rayos minúsculos.

Se detenía un segundo... miraba alrededor...
¡y salía disparado con aún más fervor!

Cuando era cachorro, ¡qué gran personaje!
Todo en la casa era parte del desastre.
Regadores mordidos ¡crac! sin piedad,
cojines volando por la eternidad.

Papeles danzaban como en carnaval,
y Goyo en el centro... ¡él siempre feliz, él fenomenal!
Si algo podía romper... lo rompía contento,
era su manera de disfrutar el momento.

A veces escondía cosas sin razón,
un calcetín aquí, un zapato allá en el sillón.
Como si jugara a un juego secreto,
¡donde solo él sabía el rompecabezas completo!

Su ladrido, bueno... no era afinado,
más bien un “¡guau, guau!” medio alborotado.
A veces sonaba corto, otras alargado,
¡como si cantara sin nunca antes haber ensayado!

Pero todos sabían, al escucharlo así,
que Goyo decía: “¡Estoy aquí!!”
“¡Estoy feliz!” parecía decir también,
“¡Ven a jugar, que la vida es un tren que va a toda velocidad!”

Y con su cola, girando sin parar,
hacía a la casa entera bailar y bailar.
Como una escobita de pura alegría,
Goyo barría toda la melancolía.

Y si hablamos de comer... ¡qué gran campeón!

Goyo tenía un gran corazón,
y un gran apetito, hay que decirlo bien,
¡comía por uno... o quizás por cien!

¡Ñam, ñam! hacía, sin vacilar,
todo le gustaba, todo al pasar.
Si algo caía... no tocaba el suelo,
¡Goyo llegaba como un rayo en vuelo!

Pan, galletitas, miguitas por ahí...
“¿Esto se come?” ¡sí, sí, sí!
Siempre con hambre, siempre atento,
todo era rico... todo alimento.

Y si podía robar sin hacer ruido...
¡mejor todavía, objetivo cumplido!
Se iba despacito, mirando de lado...
¡y luego corría feliz, se iba encantado!

A veces, al amanecer, Goyo despertaba primero,
estiraba sus patas y bostezaba ligero.
Miraba la casa, aún medio dormida,
y esperaba paciente a que empezara el día.
Con un suave “ufff” y su cola en vaivén,
decía sin palabras: “¡ya es hora, ven a correr!”

Y al caer la tarde, cuando el sol bajaba,
Goyo más lento la casa recorría.
Buscaba un rincón, un lugar especial,
donde echarse tranquilo... sin pensar en nada más.

A veces suspiraba un ¡ufff! muy profundo,
como si abrazara todo su mundo.
Y con ojos dulces, sin pedir ni hablar,
se acercaba lento... solo a acompañar.

Se sentaba cerca, sin hacer ruido,
y apoyaba su cuerpo, tranquilo y querido.
No daba lengüetazos, no era así,
Goyo pedía cariño... solo quedándose ahí.

Con sus ojos suaves, sin apurar,
decía en silencio: "Me gusta estar".

Y así pasaban los días, uno tras otro,
entre juegos, risas y algún que otro alboroto.
Y sin darse cuenta, sin verlo venir,
la vida seguía... todos felices de existir.

Pero un día el tiempo habló bajito, muy bajito,
como hablan las cosas muy despacito.
Y le dijo a Goyo, sin apuro ni prisa,
que era momento de irse a una larga siestecita.

No fue un día gris, ni un día especial,
fue simplemente... un día normal, fue un día más.
Pero algo en el aire empezó a cambiar,
como cuando el viento deja de soplar.

La casa quedó un poco más callada,
la pelota... quieta, abandonada.
Ya no se oían sus pasos ligeros,
ni sus juegos locos, ni sus senderos.

La casa en silencio, sin su trotecito,
sin sus pedidos de cariño, sin su ladrido "bonito".
El rincón vacío, la pelota ahí...
y en el corazón, un suave frío.

"¿Dónde está Goyo?" pregunta el querer,
cuando el alma no sabe cómo ni qué responder.
Y es que hay preguntas sin respuestas ni explicación,
pero que se sienten profundo en el corazón.

Pero escucha atento, sin miedo, sin prisa,
porque esta historia no termina en tristeza.

Goyo no se fue del todo, no, no, no...
se quedó escondido... en más de un rincón.

Se quedó en la risa de un día cualquiera,
en una historia contada en la mesa.
En una pelota que rueda al pasar,
como si alguien la fuera a buscar.

En el sonido suave de pasos en la casa,
cuando alguien cree que algo se desplaza.
En ese rincón donde solía dormir,
como si aún quisiera seguir ahí.

Está en las huellas que no se ven,
en los recuerdos que viven y aún están.
En cada momento que hizo feliz,
en cada "¡vamos!" y en cada "¡ven aquí!"

Porque amar así, tan de verdad,
es como encender una luz que no se va.

Una lucecita suave y tibia,
que sigue brillando... para toda la vida.

Tal vez Goyo ya no corra en el jardín,
ni ladre feliz al verte venir...
pero en tu memoria sigue jugando,
saltando, corriendo... y nunca parando.

Y a veces, cuando el día termina,
y la casa se queda tranquila,
parece que algo suave se mueve por ahí...
como un recuerdo que dice: "aún sigo aquí".

Y un día, sin darte cuenta quizás,
al recordarlo... posiblemente sonreirás.
Una sonrisa chiquitita y sincera,
como un rayito de sol entrando por la ventana entera.

Si extrañas a tu amigo fiel,
puedes hablarle en voz baja, pensar en él,
cerrar los ojos... y volverlo a ver.

Porque en cada recuerdo, suave y profundo,
Goyo sigue siendo parte de tu mundo.

Y aunque no lo veas, aunque no esté aquí,
si lo llamas bajito...
seguro que aún sigue por ahí.

Chinchilla